

tú mismo, ó Dios Espíritu Santo, que con el Padre, y el Hijo vives y por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO XLV.

TESTIMONIO DE LOS APÓSTOLES.

PRIMERA PARTE.

Nuestro Señor Jesucristo dijo á sus Apóstoles: recibiréis la virtud del Espíritu Santo que bajará sobre vosotros, y os llenará de luz y de fortaleza para que seáis testigos de mi resurreccion en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra: y como ya oimos, en el mismo día en que recibieron la virtud del Espíritu Santo, comenzaron á dar testimonio de la resurreccion de su divino maestro, y convirtieron á tres mil personas: y los que creían en el Señor perseveraban unidos en la doctrina de los apóstoles, en la participacion de la Eucaristía, y en la oracion. Y el Señor aumentaba incensantemente el número de los que se habian de salvar en esta unidad. Y en toda la gente se infundía temor y respeto por los nuevos fieles, cuya virtud se manifestaba con esplendor: y los apóstoles hacian muchos prodigios y portentos en Jerusalem. Una vez subía San Pedro al templo con el apóstol San Juan, y habia un hombre de mas de cuarenta años, tullido desde el vientre de su madre, al cual traían acuestas, y lo ponían todos los días á la puerta del templo llamada la Hermosa, para que pidiera limosna. Éste quando vió á San Pedro y á San Juan que iban á entrar en el templo, les rogaba que les diera limosna. San Pedro, fijando los ojos en él, le dijo: miranos. Y él los miraba con atencion, esperando

1 Act. cap. 2. vv. 42. 43. 47.

que le dieran alguna cosa. Mas San Pedro le dijo: plata ni oro yo no tengo, pero lo que tengo eso te doy: en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo levántate y anda. Y tomándolo por la mano derecha lo levantó. Y al instante se le consideraron las piernas y las plantas, y dando un salto se puso en pie, y echo á andar, y entró con ellos en el templo andando por sus propios pies, y saltando y alabando á Dios. Todo el pueblo lo vió como iba andando y alabando á Dios: y como lo conocian por aquel mismo que solia estar sentado pidiendo limosna en la puerta del templo llamada la Hermosa, quedaron espantados y fuera de si con tal suceso. Y teniendo él de la mano á San Pedro y á San Juan como queriendo mostrar su agradecimiento, todo el pueblo asombrado fué apresuradamente ácia ellos al lugar llamado el Pórtico de Salomon. Entoncees San Pedro habló á la gente en estos términos:

O Israelitas, ¿qué os admirais de esto? ¿ó qué nos mirais tan asombrados, como si nosotros por nuestra virtud ó santidad hubieramos hecho andar á este? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres, es quien ha glorificado esta ocasion á su Hijo Jesus, á quien vosotros habeis entregado y negado delante de Pilato, juzgando él que debía ser puesto en libertad como inocente. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese libre un homicida, y disteis la muerte al autor de la vida, á quien Dios resucitó de entre los muertos; de lo cual nosotros somos testigos. Y en la fé de su nombre, su poder ha consolidado los pies á éste, á quien vosotros conocicis: la fé que en él se tiene, y que viene de él, ha obrado el milagro de esta curacion perfecta á vista de todos vosotros. Hermanos, lo que hicisteis, yo sé que lo hicisteis por ignorancia, lo mismo que vuestros Príncipes. Y de esta manera cumplió Dios lo que tenia

predicho por boca de todos los profetas, que su Cristo padecería la muerte, para expiar los pecados de los que creyesen en él. Creed pues en él, haced penitencia, y convertios á él, para que vuestros pecados os sean perdonados, y seais salvos cuando venga á juzgar al mundo ese Jesucristo, que ha de estar en el cielo hasta que llegue el tiempo de la restauracion de todas las cosas, como Dios lo tiene dicho por boca de sus santos profetas. Esta restauracion de todas las cosas es la renovacion que Dios obrará en el último advenimiento de su Hijo, de quien dijo Moisés á nuestros Padres: el Señor vuestro Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como me ha suscitado á mí: á él oireis en todo cuanto os dijere: á él obedecereis en todas las cosas que os mandare. Porque sucederá que todo el que no escuchare y obedeciere á ese profeta será exterminado del pueblo de Dios. De Jesucristo es de quien Moisés habló así, y todos los profetas desde Samuel vaticinaron y predigieron lo que ha pasado en estos días, en que Jesús vino á anunciar á los hombres el reino que Dios les había prometido. Ahora bien, vosotros sois los hijos de los profetas, y á vosotros se encaminan las promesas de la alianza que Dios estableció con nuestros padres, diciendo á Abraham: en un descendiente tuyo, que nacerá de tu linage, serán benditas todas las familias de la tierra. Así es que para vosotros en primer lugar, suscitando Dios á su Hijo, lo envió para vendeciros, á fin de que todos y cada uno se aparten de su mala vida.¹

Al tiempo que hablaba esto San Pedro, llegaron los sacerdotes y el magistrado del templo, y los saduceos, é irritados de que se predicara á Jesús y la resurreccion de los muertos, prendieron á S. Pedro y á S. Juan, y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque aquel día

¹ Act. cap. 3. vv. 1. 26.

era ya tarde para juntar al concilio. De los que oyeron el discurso de San Pedro muchos creyeron en nuestro Señor Jesucristo, y ascendió el número de los fieles á cosa de cinco mil.

Al día siguiente se reunieron los príncipes ó personas mas respetables de los judíos, y los ancianos, y los escribas con el Pontífice Anás y con Caifas, y todos los que eran del linage sacerdotal, y haciendo comparecer á San Pedro y á San Juan les dijeron: ¿con qué poder, ó en nombre de quien habeis hecho esto vosotros? Hablaban de la curacion del tullido.

San Pedro respondió: Príncipes del pueblo y ancianos, atended: ya que se nos juzga hoy por el beneficio hecho á este hombre enfermo, que ha sido curado, sea manifiesto á todos vosotros, y á todo el pueblo de Israel, que la curacion se ha hecho en nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis, y á quien Dios resucitó de entre los muertos: en virtud de tal nombre éste se halla sano en vuestra presencia. Este Jesús es la piedra que fué desechada por vosotros al edificar, y está puesta por cabeza del ángulo. El es el salvador de todos: ni en ningun otro hay salud. Pues no hay bajo del cielo otro nombre dado á los hombres, con el cual podamos salvarnos.¹

Así habló San Pedro lleno del Espíritu Santo. Cosa admirable es esta. Los apóstoles responden con valor á los que hicieron morir á su maestro, y que pueden hacer lo mismo con ellos. Los apóstoles, hombres antes tan tímidos, hechos unos heroes intrépidos.² Su flaqueza se ha cambiado en fuerza, y su ignorancia en luz y claridad. Ellos que no eran mas que hombres del vulgo é idiotas hablan una sabiduría sublime, y predicán las verdades divinas con firmeza. Es preciso reconocer tan-

¹ Act. cap. 4. vv. 1. 12. —² Matth. cap. 25. vv. 56. 72. 74.

to en sus palabras como en sus obras la gracia de que están llenos.

Viendo los del concilio la instruccion y enteresa de San Pedro y de San Juan, y sabiendose por otra parte que eran hombres sin letras y sin estudios, estaban llenos de admiracion al oirlos producirse de aquella manera. Y conocian que eran de los que habian sido discipulos de Jesus. Veian tambien al hombre que habia sido curado estar con ellos en pie, y no podian decir nada en contra, ni sabian que hacer. En este embarazo les mandaron salir fuera de la junta, y comenzaron á deliberar y decian: ¿qué harémos con estos hombres? El milagro que han hecho es notorio á todos los habitantes de Jerusalem, y no lo podemos negar. Pero á fin de que no se divulgue mas, impongámosles silencio: apercibámosles que en adelante notomen en boca ese nombre, ni hablen de él á persona viviente. Y llamándolos les intimaron que por ningun caso hablaran, ni enseñaran en el nombre de Jesus.

Entonces respondiendo San Pedro y San Juan les dijeron: si sea Justo delante de Dios obedecer á vosotros antes que á Dios, juzgadlo vosotros: dejar de hablar las cosas que hemos visto y oido no podemos, porque el mismo Dios nos ha mandado dar testimonio de ellas. ¹

A pesar de esta resolucion de San Pedro y de San Juan, no hallando pretexto para castigarlos por temor del pueblo, porque todos ensalzaban el glorioso hecho de la curacion del tullido, los dejaron ir libres, contentándose con amenazarlos. Puestos en libertad se fueron á donde estaban los demas apóstoles, y les contaron cuanto les habian dicho los del concilio. Oido lo cual, levantaron la voz á Dios, y le dijeron todos unánimes: Señor, tu eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que hay en ellos. Tú eres el que dijiste, hablando

¹ Act. cap. 4. vv. 13. 20.

el Espíritu Santo por boca de nuestro Padre David, tu siervo: ¿porqué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra y los principes se coligaron contra el Señor y contra su Cristo. Y ya vemos el dia de hoy el cumplimiento de estas palabras, pues verdaderamente se han coligado en esta ciudad contra tu Santo Hijo Jesus, á quien ungieste como profeta, sacerdote y rey de todas las naciones, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y con los pueblos de Israel, para hacer lo que tu poder y tu consejo decretaron que se hiciera en cuanto á su persona. Mira ahora, ó Señor, sus amenazas, y concede á tus siervos que sin intimidarse y con entera libertad anuncien tu palabra; y estiende tu mano poderosa para sanar enfermedades y hacer maravillas y prodigios en el nombre de tu santo Hijo Jesus. ¹

Así le dijeron á Dios, y al instante tembló el lugar en donde estaban congregados: y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y hablaban la palabra de Dios con una intrepidez enteramente nueva; y por sus manos se hacian muchos milagros y prodigios en el pueblo, tanto que sacaban los enfermos á las calles y los ponian en lechos y camillas, para que cuando pasase S. Pedro, al menos su sombra tocase á algunos de ellos, y quedasen libres de sus enfermedades. Y acudia tambien á Jerusalem mucha gente de las ciudades comarcanas, trayendo á los enfermos, y á los que eran atormentados de los espíritus inmundos: todos los cuales eran curados. Y se aumentaba mas el número de hombres y de mugeres, que creñan en el Señor. ²

Mas el principe de los sacerdotes y muchos con él se llenaron de envidia y colera viendo que no obstante sus

¹ Act. cap. 4. vv. 21. 30. 31. — ² Act. cap. 5. vv. 12. 14. 15. 16.

prohibiciones, los apóstoles no dejaban de predicar y hacer muchos milagros; y prendiéndolos á todos los metieron en la cárcel. Los apóstoles le habian dicho al Señor: mira ahora, ó Señor, sus amenazas, y concede á tus siervos que sin intimidarse y con entera libertad anuncien tu palabra; y un ángel del Señor abriendo por la noche las puertas de la cárcel, y sacándolos fuera, les dijo: id al templo, y predicad al pueblo esa ciencia de salvacion, esa doctrina que conduce á la vida eterna. Y muy de mañana entraron los apóstoles en el templo, y se pusieron á enseñar.¹

Entre tanto se convocó al concilio y á todos los ancianos de Israel, y enviaron á la cárcel por los apóstoles presos. Y no hallándolos, porque el ángel del Señor los habia puesto en libertad, volvieron los ministros diciendo: la cárcel estaba muy bien cerrada, y los guardas delante de las puertas, pero habiéndolas abierto, á nadie hallamos dentro.

A ese tiempo llegó uno y dijo: sabed que aquellos hombres que metisteis en la cárcel, están en el templo enseñando al pueblo.

Entonces el magistrado del templo fué allá con sus ministros y los condujo. Y presentados al concilio el Sumo Sacerdote les dijo: os tenemos mandado que no enseñeis en ese nombre, y en vez de obedecer habeis llenado á Jerusalem de vuestra doctrina, y quereis hacernos responsables de la muerte de ese hombre: quereis echar sobre nosotros su sangre. *De ese hombre* decian: asi hablaban de nuestro Señor Jesucristo: no se dignaban siquiera nombrarlo.

S. Pedro y los demas apóstoles respondieron: es verdad que nos lo habeis mandado, pero se debe obedecer á Dios antes que á los hombres. Por esto no podemos

¹ Act. cap. 5. vv. 17, 20.

dejar de predicar conforme á sus órdenes que el Dios de nuestros padres resucitó á Jesus, á quien vosotros quitasteis la vida poniendole en un madero: y que á este lo ensalzó Dios con su soberano poder á lo mas elevado de los cielos, y lo colocó á su diestra como á príncipe y Salvador que ha establecido, para dar á Israel la gracia de la penitencia y la remision de los pecados. Y nosotros somos testigos de estas cosas, y lo es tambien el Espíritu Santo, que ha dado Dios á todos los que le obedecen.¹

Se enfurecian los del concilio al oír estas razones, y trataban de dar la muerte á los apóstoles. Pero un Doctor de la ley dió este consejo: no os metais con esos hombres, porque si su empresa viene de ellos, se desvanecerá; pero si es cosa de Dios, no la podreis desvaratar, y os expondreis á combatir contra Dios. Como si dijera el Doctor de la ley: esos hombres testifican que Dios resucitó á Jesus: si su testimonio no es verdadero, sino que es una mentira de ellos, Dios los confundirá, pues leemos en unos de los Salmos: *perdes omnes qui loquuntur mendacium*, y en el libro de los Proverbios: *falsus testis non erit impunitus, et qui loquitur mendacium peribit*; pero si su testimonio es verdadero, Dios los ayudará, y vosotros no podreis resistir á Dios. A un consejo tan prudente no tuvieron que oponer. Sin embargo, hicieron azotar á los apóstoles en concilio pleno como á contraventores de las órdenes que les habian dado, y los dejaron ir. Los apóstoles salieron muy gozosos de delante del concilio por haber sido hallados dignos de sufrir ultrages por el santo nombre de Jesus. Y no cesaban de enseñar y predicar todos los dias en el templo y por las casas. Y crecia la palabra del Señor, y se multiplicaba mucho el

¹ Act. cap. 5. vv. 21, 32. —2 Psalm. 7. Prov. cap. 19. v. 9.

número de los discípulos en Jerusalem.¹ Y Estévan que era uno de los que los apóstoles establecieron para servir á la Iglesia, y se llamaron Diáconos, hacia prodigios y grandes milagros en el pueblo. Por manera que muy claramente se veía que nuestro Señor Jesucristo daba, no como un príncipe temporal bienes terrenos y precederos á los que obedecían recibiendo su fé, sino espíritu de penitencia para conseguir el perdon de los pecados por medio de su poder y gracia, como verdadero Salvador: y que el Espíritu Santo con las infalibles pruebas y testimonios de los milagros hacia patente la verdad de la doctrina predicada por los apóstoles.

Habia en Jerusalem grande número de Sinagogas, que eran como otras tantas escuelas en donde se explicaba la ley de Moisés. Pues los de una de estas Sinagogas disputaban con Estévan, el Santo Diácono, y como no podían resistir á la sabiduría que habia en él, y al Espíritu de Dios, que hablaba por su boca, sobornaron á unos para que digieran que le habian oido proferir palabras de blasfemias contra Dios, y contra Moisés. Con esto alborotaron á la plebe, á los ancianos y á los escribas, y echándose todos sobre Estévan, se lo llevaron y lo presentaron al concilio, y produjeron los testigos falsos, los cuales dijeron: este hombre no cesa de hablar palabras de blasfemia contra el lugar santo y contra la ley. Pues le hemos oido decir que aquel Jesus Nazareno que él predica, destruirá este lugar santo y cambiará las tradiciones que nos dió Moisés.

Entonces fijando en él los ojos todos cuantos estaban en el concilio vieron su rostro resplandeciendo de luz, como rostro de un ángel.²

El Sumo Sacerdote le dijo ¿sí eran así estas cosas? Y Estévan respondió con un discurso lleno de sabiduría, re-

¹ Act. cap. 5. vv. 33. 42. cap. 6. vv. 7. 8. —² Act. cap. 6. vv. 9. 15.

firiendo la historia de los Hebreos desde Abraham, y concluyó así: hombres de cerviz dura é inflexible, y de corazón y oído incircunsisos, como fueron vuestros padres, así sois vosotros. Vosotros resistis ahora el Espíritu Santo, como siempre le resistieron vuestros padres, ¿á cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Ellos dieron muerte á los que les anunciaban la venida del Justo, que vosotros habeis entregado y de quien habeis sido los homicidas: vosotros que recibisteis la ley por ministerio de ángeles y no la habeis guardado.

Al oír estas cosas los del concilio reventaban en su interior y crujian los dientes contra él. Mas como estaba lleno del Espíritu Santo, alzando los ojos al cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba á la diestra de Dios, y dijo: yo veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre, que está á la diestra de Dios.

Entonces exclamando ellos á grandes voces, se taparon las orejas y todos á una arremetieron contra él, y sacándolo fuera de la ciudad, lo apedrearon: y los testigos falsos, que debian tirarle la primera piedra, pusieron sus vestidos junto á los pies de un joven que se llamaba Saulo. Así apedrecaban á Estévan, que oraba y decía: Señor Jesus recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas clamó en alta voz, diciendo: Señor no les imputes este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor. Entre tanto, Saulo, que despues se llamó Pablo, y fué elevado por un grande milagro de la gracia á la dignidad de apóstol, consentia como los otros en la muerte de Estévan.¹

El odio de los enemigos del nombre de Jesus no se aplacó con el martirio de San Estévan; al contrario una gran persecucion se levantó contra la Iglesia que estaba fundada en Jerusalem, y todos los fieles se dispersaron por las provincias de la Judea y de Samaria,

¹ Act. cap. 7. vv. 51. 59.

menos los apóstoles. Saulo, aquel mismo que habia consentido en la muerte de San Estévan, entrando por las casas, y sacando á los hombres y á las mugeres los hacia poner en la cárcel. Pero al mismo tiempo esto servia para estender el evangelio, pues los que se dispersaban, huyendo de estas violencias, iban de lugar en lugar anunciando la palabra de Dios. De este modo Felipe, uno de los diáconos, compañero de San Estévan, luego que llegó á la ciudad de Samaria, les predicó á nuestro Señor Jesucristo; y las gentes escuchaban atentamente lo que les decia. Y hubo grande gozo en aquella ciudad al ver los milagros que obraba Felipe, porque muchos paralíticos, y cojos, fueron curados, y los espíritus inmundos dando grandes gritos, salian de los cuerpos de los miserables, á quienes atormentaban.¹

Entre tanto, Saulo, que no respiraba sino muerte contra los discípulos del Señor, seguia persiguiéndolos, una vez iba para una ciudad, llamada Damasco, con cartas del príncipe de los sacerdotes para las Sinagogas, para que si encontraba allí algunos adictos á la doctrina de Jesus los llevara presos á Jerusalem. Y sucedió que al llegar á Damasco, repentinamente le rodeo un resplandor de la luz del cielo. Y cayendo en tierra oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? ¿Quién eres Señor? dijo él. Yo soy Jesus, á quien tu persigues, le respondió el Señor. Dura cosa es para tí dar coces contra el agijón. Señor, ¿qué quieres que haga, dijo entonces Saulo, temblando y lleno de espanto. Y el Señor le respondió: levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que te conviene hacer. Se levantó Saulo del suelo, y teniendo los ojos abiertos, nada veía. Llevándolo por la mano, lo introdujeron á Damasco, en donde estuvo tres dias sin ver, y en los cuales no comió,

¹ Act. cap. 8. vv. 1. 6.

ni bebió. En Damasco habia un discípulo, llamado Ananias, á quien dijo Dios: Vé á la calle Recta, y busca en la casa de uno llamado Judas á un hombre de Tarso, que se llama Saulo, el cual está allí en oracion. Señor, respondió Ananias, he oído decir, á muchos los grandes males que ese hombre ha hecho á tus Santos en Jerusalem; y tiene poder de los príncipes de los sacerdotes para apresar á cuantos invocan tu nombre. Vé sin temor alguno, le dijo el Señor, porque este hombre es un instrumento elegido por mí, para estender mi nombre, llevándolo delante de las gentes, y de los reyes, y de los hijos de Israel. Porque yo le mostaré cuantas cosas le es necesario padecer por mí.

Fué pues Ananias, y habiendo entrado en la casa en que estaba Saulo, imponiéndole las manos le dijo: hermano Saulo, Jesus el Señor que se te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado, para que recobres la vista, y seas lleno del Espíritu Santo. Y al instante cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista, y se levantó, y fué bautizado. Y despues que tomó alimento, recobró las fuerzas, y estuvo algunos dias con los discípulos que habia en Damasco. Y sin detenerse se puso luego á predicar á Jesus en las Sinagogas, afirmando y probando que este Jesus es el Hijo de Dios.¹

Cuantos lo escuchaban, quedaban asombrados y decian: ¿pues no es este el que perseguia en Jerusalem á los que invocaban ese nombre: y por esto vino acá para llevarlos presos, y ponerlos á disposicion de los príncipes de los sacerdotes?

Mas Saulo, se esforzaba con mayor fervor y zelo predicando la religion que antes habia perseguido, y confundía á los judíos que moraban en Damasco probándoles con las Escrituras que Jesus es el Cristo. Juntaba los orá-

¹ Act. cap. 9. vv. 1. 20.

culos de Moisés, de Isaías, de Jeremías, de Daniel. Y de los otros profetas; y de la comparacion y congruencia de los testimonios muy claros que del Mesias estaban escritos, congruencia que tenían entre sí y con las cosas que se acababan de ver en nuestro Señor Jesucristo, inferia de la manera mas convincente que Jesus, el que habia sido crucificado por los judíos, era el Mesias, el Cristo, el Salvador, y Redentor del mundo, el descendiente de Abraham, en el cual descendiente, segun las promesas hechas á aquel patriarca se habian de bendecir, y justificar y salvar todas las gentes.¹

Se contaban ya cinco años despues de la persecucion y muerte de San Estévan: la Iglesia llena de las consolaciones del Espíritu Santo estaba en paz por toda la Judea, y Galilea, y Samaria, y se propagaba mas y mas caminando en el temor del Señor, y los apóstoles ponian en buen orden todas las cosas.² San Pedro aprovechandose de aquella calma, en cumplimiento de su alto ministerio que ponía á su cuidado todo el rebaño del Señor, visitó las Iglesias que habian fundado los discípulos en diversos lugares, y ordenó Obispos y puso ministros. Cuando llegó á Lida, ciudad que estaba á diez leguas de Jerusalem vió allí á un hombre llamado Eneas, que habia ocho años que estaba paralítico y postrado en una cama, y le dijo: Eneas, el Señor Jesucristo te sana, levántate. Y en el momento se levantó. Todos los que moraban en Lida, y en la campiña de Saron, que se extendia desde Lida, lo vieron milagrosamente curado y se convirtieron al Señor.³

De Lida estaba cerca Joppé, puerto del Mediterraneo, hoy se llama Jafa. Allí habia una viuda, llamada Tabita, muy conocida por su piedad, por sus buenas obras,

1 Act. cap. 9. vv. 21. 22. Alápide in huic locum. —2 Act. cap. 9. v. 31. Alápide in huic locum. —3 Act. cap. 9. vv. 32. 35.

y por las muchas limosnas que hacia. Cayó enferma, y murió. Y sabiendo los discípulos que Pedro se hallaba en Lida, le enviaron dos hombres rogándole que sin detenerse fuera á verlos. Inmediatamente partió Pedro con ellos. Luego que llegó, le cercaron todas las Viudas llorando, y mostrándole las túnicas y los bestidos que Tabita les habia dado, y lo condujeron al aposento en donde estaba su cadáver. Allí Pedro, poniéndose de rodillas hizo oracion, y vuelto al cadáver dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió sus ojos, y viendo á Pedro se sentó. Pedro le dió la mano, y la levantó, y se las entregó viva á aquellos fieles. Se divulgó por toda la ciudad de Joppé este milagro, y creyeron muchos en el Señor.¹

En Cesarea de la Palestina, ciudad situada en la ribera del mismo mar Mediterraneo, habia un hombre llamado Cornelio, que era Centurion ó capitán de una compañía de soldados. Aunque gentil y romano de origen, estaba muy instruido en el culto y creencias de los judíos, era religioso, y temeroso de Dios con toda su casa, y hacia muchas limosnas, y estaba orando á Dios incesantemente. Un dia que estaba en oracion, vió á un ángel de Dios que venia á él y le decia: Cornelio. Él sobrecogido de temor al ver al ángel, le dijo: ¿qué quieres de mí, Señor? Tus oraciones, le dijo el ángel, han subido á la presencia de Dios, y han hecho que Dios se acuerde de tí. Envia pues ahora unos mensajeros á Joppé, y has venir acá á un cierto Simon, que tiene el sobrenombre de Pedro. Él te dirá lo que te conviene hacer. Está posado en casa de otro Simon curtidor, que tiene su casa junto al mar. Y se retiró el ángel. Cornelio llamó luego á dos de sus domésticos, y á un soldado temeroso de Dios, de aquellos que estaban á sus órdenes. Les contó todo esto, y los envió á Joppé. Fueron á Joppé los mensajeros de Cornelio,

1 Act. esp. 9. vv. 36. 43.

buscando la casa de Simon el curtidor, llegaron á la puerta y cuando preguntaban si estaba allí hospedado Simon, el que se llamaba Pedro, le dijo el espíritu de Dios á Pedro: he ahí tres hombres que te buscan. Levántate pues, baja y ve con ellos sin dudar nada, porque yo los he enviado. Bajando al punto Pedro, les dijo á los mensajeros de Cornelio: yo soy el que buscáis: ¿cuál es la causa porque habeis venido? Ellos le contestaron: el centurion Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, y que tiene el testimonio de toda la nacion de los judíos, ha sido amonestado por revelacion de un santo ángel de hacerte llamar á su casa y escuchar tus palabras. Pedro pues, haciendolos entrar los hospedó. El dia siguiente se levantó y se fué con ellos, y algunos de los hermanos de la ciudad de Joppé lo acompañaron. Un dia despues entraron en Cesarea. Cornelio los estaba esperando, habiendo convidado á sus parientes y á sus mas íntimos amigos. Al llegar Pedro le salió Cornelio á recibir, y postrándose á sus pies, lo adoró, mirándolo como á un ángel del cielo, que Dios le enviaba. Mas Pedro lo levantó, diciendole: ponte en pie, que yo tambien soy un hombre, y hablando con él entró. Sabeis, le decía, como á los judíos no les es licito tener trato familiar con los gentiles, ni entrar en sus casas, mas á mi me ha hecho ver Dios que no hay ningun hombre que con su gracia no sea capaz de aparecer puro en su presencia, sin distincion de judío ó gentil. Por esto sin dificultad he venido, luego que me has llamado. Pregunto pues, ¿á que fin me habeis llamado? y Cornelio dijo: hoy hace cuatro dias que estaba en ayunas y orando á la hora de nona, y he aquí que un ángel en figura de hombre se me puso delante, y me dijo: Cornelio, oida es tu oracion, y tus limosnas se mencionan allá en la presencia de Dios. Dios pues me ha mandado para que te di-

ga que envíes á Joppé, y hagas venir á Simon, el llamado Pedro, que está hospedado en casa de Simon el curtidor, junto al mar. Él te instruirá de cuales son las voluntades del Señor. Inmediatamente envíe á buscarte, y tú me has hecho la gracia de venir: ahora todos estamos en tu presencia, para escuchar de tu boca cuantas cosas te ha ordenado el Señor que nos digas de su parte.

Entonces S. Pedro les demostró que Dios envió á su Hijo hecho hombre para que redimiera á los hombres: y que por esto padeció, fué crucificado, resucitó, y há de venir otra vez al mundo como juez: que por sus méritos se perdonan los pecados, y se consigue la gracia de Dios y la salvacion: les demostró todo esto explicándoles las profecias. Cuando hablaba S. Pedro sobre estos misterios, el Espíritu Santo descendió sobre todos cuantos estaban oyendo esta predicacion. El Señor invirtió por decirlo así el órden comun de su gracia, y derramó su divino Espíritu sobre aquellos gentiles antes de ser bautizados; bien que esto era en vista del mismo bautismo que iban ya á recibir. ¿Podrá alguno rehusar el agua del bautismo á estos que han recibido ya como nosotros el Espíritu Santo? Esclamó S. Pedro. ¹ Y mandó que fuesen bautizados. Despues de esto se detuvo con ellos algunos dias.

Volvió S. Pedro á Jerusalem, y entretanto él habia visitado las Iglesias, y en todo el tiempo corrido desde la muerte de S. Estévan, muchos de los discípulos dispersados por aquella primera persecucion en que sufrió el martirio el Santo Diacono, llegaron hasta Fenicia, pais situado en los confines de la Judea, y hasta Chipre, isla del mar Mediterraneo, y hasta Antioquia, que era una de las mas principales ciudades de la Syria, gran pais circunvecino de la Judea, y predicaban al Señor Jesus, y la mano del Señor era con ellos, y viendo los milagros que obraban, un gran-

¹ Act. cap. 10. vv. 1. 48. Alápide in v. 36.